



DOI: <http://dx.doi.org/10.1714/iconos.52.2015.1690>

Patricia De la Torre Arauz
**Los constructores del Estado
 Nacional: 1830-2010**

Vol. 1 de El cerebro político del Ecuador: 1830-2010

Quito: Senplades/El Telégrafo, 2013, 304 págs.

El cerebro político del Ecuador: 1830-2010 es una colección compuesta de seis libros; la primera entrega, *Los constructores del Estado Nacional*, presenta de manera novedosa un enfoque interdisciplinario para el estudio del proceso formativo del sistema político estatal ecuatoriano. De la Torre recurre a un diálogo entre la sociología, la historia y la neurología y propone que la complejidad del sistema estatal se puede comprender a la luz de la complejidad del sistema cerebral humano. Sin duda, una apuesta innovadora, pero arriesgada en el terreno, a veces convencional, de los estudios sobre el Estado.

En este sentido, el libro se articula alrededor de cuatro hipótesis bien definidas:

a) la coexistencia de tres sistemas estatales-cerebrales; b) la disputa constante entre los grupos de interés privados-locales frente a un poder público-nacional, que toma relevancia en determinadas crisis; c) una latente cultura política y social, denominada ‘anómica’, y d) el surgimiento de cinco líderes carismáticos a lo largo de los ciento ochenta años de historia moderna republicana recorridos por este trabajo.

La atención desde el inicio se centra en la rigurosidad con la que se establece el símil entre el funcionamiento del cerebro humano y el funcionamiento del cerebro político. Una comparación que atraviesa los presupuestos teóricos y metodológicos de todo el libro. Como sostiene la autora, “el cerebro biológico con su alto nivel de complejidad, con entramados de redes con *outputs* e *inputs* entre las sinapsis de las neuronas, daban cuenta de que la comunicación era esencial. Así el cerebro político se perpetuaba por medio de la comunicación entre Estado (como institución) y sociedad (como los entornos en donde se daba esta comunicación en doble vía)” (21).

El libro se fundamenta en la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, la teoría de la complejidad de Edgar Morin y el neoinstitucionalismo, principalmente de James March y Johan Olsen. Mientras que el levantamiento y procesamiento de los datos históricos corresponde en mayor medida al manejo de fuentes primarias de información, pero también de fuentes secundarias.

La autora se pregunta de partida: “¿por qué el Estado ecuatoriano a finales del siglo XX e inicios del XXI no había evolucionado para convertirse en un Estado Nacional?” (19). De la Torre delinea su respuesta a la luz de la metáfora neurológica-política y la reinterpretación sistemática de determinados datos históricos.

De acuerdo a su planteamiento, el cerebro político del Ecuador estaría compuesto por tres cerebros internos que coexisten entre sí: a) el cerebro inca (reptiliano), b) el cerebro colonial (límbico) y c) el cerebro republicano (cortical). Todos ellos formados y organizados desde sus propias redes históricas y sistémicas, pero articulados y cohesionados bajo el nombre de Estado nacional en cinco momentos clave de la historia política ecuatoriana. La propuesta del “cerebro triunfo” –reptiliano, límbico y cortical– es el primer momento metafórico para interpretar el proceso de formación del Estado ecuatoriano.

Un segundo momento es la analogía entre las ‘sinapsis neuronales y políticas’, las cuales hacen referencia a los espacios más inmediatos de comunicación entre sociedad, cultura y política, esto es: la diversidad étnica (pueblos y nacionalidades), los idiomas oficiales, las lenguas, las regiones geográficas, los credos, la distribución familiar, entre otros; pero también los partidos políticos, los sindicatos, los medios de comunicación, las congregaciones religiosas, los centros educativos o las agrupaciones empresariales. “Estos componentes del tejido social vendrían a ser lo ‘privado’ y su opuesto es la sociedad política o Estado; pero sociedad política y sociedad civil engloba el conjunto de actividades superestructurales” (29).

La complejidad morfológica del Ecuador, presentada en números y porcentajes, se complementa con la noción de ‘estructuras y redes’ que corresponden a la organización político-administrativa del actual Estado ecuatoriano; es decir, ministerios, subsecretarías y direcciones provinciales; prefecturas, municipios y juntas parroquiales, y comunidades y territorios ancestrales con jurisdicción propia.

De acuerdo a lo expuesto, el Estado vendría a ser un entramado sistémico comple-

jo, muy similar a las millones de conexiones neuronales que operan en el cerebro humano. Dicha complejidad induce la idea de que las acciones y reacciones, tanto de la sociedad civil como de la sociedad política, van desde actitudes racionales hasta otras plenamente emocionales. El cerebro político o Estado al ser un gran aparato, que a cada instante debe procesar millones de informaciones que le llegan por medio de las sinapsis neuronales –vale decir políticas y culturales– ha enfrentado y enfrenta momentos de convulsión o de crisis. De la Torre sostiene que:

En la relación entre Estado y sociedad, los *inputs* estarían dados por las demandas de los ciudadanos y los entornos que inciden en los procesos de cambio; los *outputs* serían, por su parte, las políticas que llegan por medio de los servicios públicos materializados por sus aparatos administrativos, su burocracia y los funcionarios públicos. Pero serían los inputs los verdaderos inductores de los cambios que proporcionan a este cerebro político información, con demandas e incentivos. (31)

Ahora bien, visto en secuencia, la cultura política y social ecuatoriana sería la herencia de los comportamientos adquiridos en cada cerebro político; es decir, la evocación de componentes tanto reptilianos (indígenas), límbicos (coloniales) como corticales (republicanos). En este sentido, primero se argumenta que de la macro-organización incaica, micro-estructuras de organización comunitaria como la minga y el aillu sobrevivieron a pesar de los siglos de dominación y que inclusive perviven en la actualidad.

Segundo, que fue sobre todo en la etapa colonial donde se arraigaron formas autonomistas y privatistas, lo que dio como resultado una constante disputa con el poder

central. Fue así que “los cabildos se constituyeron en los organismos aglutinadores de los intereses locales, especialmente de los ricos propietarios. Este espacio institucional se convirtió en el espacio por excelencia de representación y defensa de los intereses privados y locales” (56).

Y tercero, que la fundación del Estado ecuatoriano en 1830 no significó la supresión de las antiguas formas de dominación de la estructura colonial, sino que fueron precisamente las pretensiones autonomistas, de carácter privado y local, las que impusieron durante los siglos XIX y XX el clima político y militar al momento de enfrentarse por el poder. En este punto, hay que considerar la hipótesis de que la anarquía política de aquellos años se explica por la imagen de la figura ‘ausente’ del Estado central durante las etapas precedentes: colonial e incaica.

Por otro lado, la ‘anomia’, una categoría clásica de la sociología de finales del siglo XIX es un lente teórico que explicaría las resistencias sociales, culturales y políticas durante estos ciento ochenta años de historia ecuatoriana. Como manifiesta De la Torre:

La anomia en el cerebro político del Ecuador, se presenta como la comunicación entre los tres cerebros que conviven al interior del Estado ecuatoriano y con sus redes microscópicas sociales. Este lenguaje que funge como el mecanismo fundamental de interacción da cuenta de que cada uno de los tres subsistemas estatales funciona de manera cerrada con el propósito de autoconservarse, con base en una lógica propia. (66)

Entonces, esta anomia estructural, grupal e individual, expresada en una cultura política conflictiva y caótica, habría llevado al cerebro político del Ecuador a transitar por cinco ciclos epilépticos de crisis: (1830-1860),

(1875-1895), (1912-1925), (1932-1972) y, (1979-2005). Cada una de estas etapas son analizadas desde la perspectiva neoinstitucionalista, que considera las siguientes variables: límites territoriales (internacionales y nacionales), la inestabilidad política e institucional (lo privado-local versus lo público-nacional), el comportamiento de los partidos políticos, la prensa como actor político y el descontento social.

Asimismo, cada una de estas etapas de crisis epilépticas habría llegado a un clímax de inestabilidad generalizada que, a riesgo de muerte cerebral del país, habría dado origen a un líder carismático pero autoritario para restituir el orden y emprender la compleja y titánica tarea de construir el Estado nacional. Estos cinco redentores de la patria cronológicamente fueron: Gabriel García Moreno (1861-1875), Eloy Alfaro Delgado (1896-1911), Isidro Ayora Cueva (1926-1931), Gral. Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976) y Rafael Correa Delgado (2007-).

“Los constructores del Estado nacional”, de acuerdo con la autora, son presidentes complejos de definir ideológicamente, pues sus decisiones políticas oscilan entre el conservadurismo y el liberalismo; no obstante, sí comparten un elemento ideológico: el nacionalismo. Retrospectivamente, los cinco constructores promovieron ‘proyectos país’ desde los lineamientos de las cartas constitucionales al inicio de sus mandatos y que luego materializaron en obras y servicios públicos a nivel nacional. Sin embargo, la corroída pero latente anomia política y social, al ver tocados sus intereses privados y locales, dio trágicas muertes a dos de ellos.

El gobierno actual de Rafael Correa, de acuerdo con la reconstrucción histórica realizada por De la Torre, cerraría el proceso de formación del Estado ecuatoriano al haber emprendido las reformas políticas e institu-

cionales más radicales en todo el país, por lo tanto, vendría a ser el último constructor nacionalista. Pero queda la inquietud: ¿es Rafael Correa, definitivamente, el último constructor del Estado ecuatoriano?

Uno de los planteamientos más interesantes de la autora refiere al enfrentamiento permanente entre los grupos de interés privados-locales y un poder público-nacional, el cual mostraría que existen organismos que constantemente están disputando sus funciones al Estado. Autores como Trouillot comparten esta idea, pero colocan en entredicho la relevancia actual del Estado¹. Visto desde la perspectiva del presente libro, estos distintos organismos ya habrían estado presentes desde mediados del siglo XIX; la banca privada, que es abordada en varios capítulos dada su imbricación con el Estado, es un buen ejemplo de ello.

Esta primera entrega, por todas las innovaciones que ofrece, es un estimulante histórico para reinterpretar desde otros abordajes

teóricos el proceso de formación del Estado ecuatoriano. Una propuesta interdisciplinaria pionera en el país respecto a los estudios sobre el Estado.

Si bien la idea de Estado nacional atraviesa todo el libro, habría que colocar en el debate qué tipo de Estado intentaron e intentan formar sus denominados constructores. Es decir, ¿son acaso presidentes que fundamentan sus decisiones anclados a una ideología nacionalista para formar Estados modernos y modernizadores? De ser así, ¿cómo se van construyendo estas ideologías en el sentido común de las personas? Aquí es necesario resaltar que la idea de 'nación' presente en los ciudadanos es la que muchas veces proporciona la legitimidad necesaria para las políticas estatales. Y, por último, ¿qué tan viables son en la actualidad ciertos proyectos de modernización, no solo en los contextos globales, sino sobre todo en uno como el de la reprimarización de la economía ecuatoriana?

1 Trouillot, Michel-Rolph, "La Antropología del Estado en la era de la globalización", en *Transformaciones globales: la antropología y el mundo moderno*. (Cali: Universidad del Cauca/CESO/Universidad de Los Andes, 2003), 149-174.

Adriana Aguilar Molina
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales, Ecuador